

# ICONOGRAFÍA de la Aeronáutica

ADOLFO ROLDÁN VILLÉN

Coronel de Aviación

Académico C. de la Real Academia de Historia

Desde los remotos tiempos de su creación, el hombre, de los cuatro clásicos elementos de la naturaleza: tierra, agua, fuego y aire, ha ido poco a poco dominando los tres primeros. Sabido es que caza y pesca fueron los primeros elementos de la subsistencia humana, vino luego el pastoreo, en tanto que el hombre aprendió a usar el fuego, primero para calentarse, y posteriormente para cocinar; después comenzó la agricultura, en la que el viento, manifestación perceptible del aire, tuvo acaso que ser tenido en cuenta, aunque como un elemento ajeno a todo control.

Agricultura, veredas primitivas, iniciales urgentes excavaciones, extracción y fundido de los metales, regadío y navegación, señalan los primeros pasos en el dominio de tierra, agua y fuego. El aire, menos tangible, más sutil y casi invisible, salvo por sus efectos, quedó relegado.

Había servido para avivar el fuego, para activar la rudimentaria fragua, para hinchar las velas de las primitivas embarcaciones, para sonar las flautas de caña, pero no lo dominaba. La dominación del elemento gaseoso presentaba dificultades tenidas por insuperables hasta época muy reciente.

Mas no por eso dejaba de interesarse por él. Eolo, dios de los vientos de la mitología griega es un ejemplo que arroja luz sobre el anhelo humano de hacer tributario suyo al más indócil e intangible de los elementos. Es conocido que el ansia de elevarse de la tierra, de dominar los vientos ha ejercido durante siglos tanta influencia que parece consustancial a la humanidad. El hombre ha manifestado su admiración —y hasta su adoración— por el vuelo, en las Bellas Artes, tanto Mayores (pintura y escultura) como en las Menores (cerámica, mosaicos, orfebrería, etc.).

El hombre, como creador de obras de arte inicia su actividad en fecha relativamente reciente. La ideología, las creencias, toda la actividad espiritual del hombre tiene su eco en la obra de arte. Por ello es difícil de entender el hallazgo que la arqueóloga Mary Leaky ha realizado en Kondoa (Tanzania). El descubrimiento ha sido de miles de pinturas rupestres en un asentamiento que la arqueóloga ha

bautizado como Kolo-T. Lo difícil de asimilar es que entre ellas había una pintura de excepcional importancia de arqueología aeronáutica. Mary descubrió una escena que la dejó perpleja: un antilope en actitud de cornear a un individuo que observa al animal desde la canastilla de un globo. Claramente se distinguen el globo, la barquilla y los vientos que la sostienen.



Carro volador chino (2000 años a.C.)

El desconcierto de la arqueóloga, y de nosotros, se debe a que dicha pintura tiene una antigüedad de 29.000 años. Una imagen absurda para el paleolítico en las que las pinturas rupestres se limitaban a representar animales a veces yuxtapuestos que no llegaban a constituir escenas. La pregunta que podemos hacernos y de la que carecemos de respuesta es ¿qué vieron aquellos hombres? ¿Qué querían representar con estos dibujos?, ¿quién tripulaba esos artefactos? y ¿quién desarrolló esas técnicas de vuelo?.

Otro legado arqueológico-aeronáutico es el encontrado en una cueva de Uzbekistán que data del 2000 a. de C. El dibujo representa un disco ovalado con propulsión a chorro y que parece elevarse verticalmente. Pero lo más sorprendente de esta pintura es que debajo del artefacto se ve la imagen de una persona equi-

pada con un traje similar al que actualmente utilizan los astronautas.

Desde siempre, el ser humano al no tener alas, inventó unas “alas de fantasía” y tuvo que conformarse durante muchos años con vuelos imaginarios, soñando con ser un hermoso pájaro, poderoso y ágil como la paloma, majestuoso como la gaviota y travieso como la golondrina; ésta circunstancia hace que podamos hallar numerosos testimonios de figuras aladas en la historia de las civilizaciones.

El anhelo de volar es, pues, un ansia latente de la humanidad, con esporádicas manifestaciones de tiempo en tiempo. Cada pueblo de la antigüedad tiene sus mitos alados característicos íntimamente ligados con su religión ancestral y con su alma poética.

Así, existen una mitología china y otra hindú, y otra egipcia y otra griega, y otra escandinava y otra ibérica. Pero es curioso observar que, a pesar de la distancia en el tiempo y en el espacio que separan a los pueblos arcaicos, al comparar sus diversas mitologías encontramos las mismas ideas cosmográficas, representadas por divinidades análogas e idénticos conceptos relativos al origen, carácter y función de los dioses en general, y de los alados en particular.

Decía Federico Carlos Sainz de Robles que: “Para el hombre primitivo fue una necesidad religiosa la creación de los mitos. Para el hombre moderno resulta una necesidad científica la interpretación de dichos mitos, porque en ellos está la raíz de cada cultura y hasta de cada historia particular. Muchos aspectos de la vida del hombre primitivo los conocemos, no por las manifestaciones artísticas —muy rudimentarias, si existen— a veces desconocidas, por ser el hombre incapaz de expresar sus íntimos deseos y aspiraciones valiéndose de lo artístico; si no por medio del cuento, de la leyenda, de la fábula, medios muy pertinentes para llegar a la clave de problemas de interés vital para la humanidad”.

Hablar de la representación de los ángeles en el arte equivale a abarcar un número incalculable de obras casi desde los primeros momentos del cristianismo. Los ángeles (figuras aladas) han constituido siempre un tema predilecto para los artis-

tas en todos los tiempos. En este trabajo vamos a prescindir de tratar sobre la angelología, a pesar del auge que esta ciencia ha experimentado en nuestros días.

Comencemos nuestro recorrido artístico recordando cómo, entre el siglo XVIII al XII a. de C., los hititas –pueblo cuyo dominio se extendía por toda el Asia Menor y que constituía una gran potencia política–, llevan a tiempos muy remotos el sueño de volar, pues encontramos en su cultura figuras de monstruos mitológicos alados en numerosos testimonios, como las esfinges de Carquemis y Karatepe; el bajorrelieve de Tell-Halaf con su dios solar alado y el sello del rey Shubuiliuma considerado el Carlomagno hitita.

Egipto, que desarrolló una civilización durante treinta siglos y que mantuvo una continuidad política, cultural y artística, única en la historia del mundo, logró en distintas épocas y regiones un arte espléndido, de carácter constante y muy coherente. En las excavaciones llevadas a cabo en las tumbas han aparecido numerosas muestras, tanto de pintura como de escultura. No estaban dominados, como otras culturas, por el espíritu del vuelo, pero de cualquier forma algunas divinidades las representaban con alas. La diosa egipcia Isis, con las alas desplegadas en la clásica postura para defenderse de la muerte del sarcófago de Ransés III (siglo XII a. de C.); el retrato de Nefertari, pintado en el dintel de su tumba y la estatuilla con forma de serpiente alada de la tumba de Amenofis II (1453–1419 a. de C.), podrían ser ejemplos de cómo los egipcios idealizaban a sus dioses, dotándolos de alas.

Las artes aplicadas integran uno de los más bellos capítulos del arte egipcio, tanto por los materiales empleados como por las técnicas utilizadas, por la elegancia y por la belleza de sus diseños. En las obras de orfebrería encontramos numerosas muestras de figuras aladas, tanto en las diademas como en los pectorales: Sobresalen por su majestuosidad los descubiertos en la tumba de Tutankamon. Pero llama poderosamente la atención la pieza



*Avión de Saqqarah (Egipto), (200 años a.C.).*

encontrada en una tumba de la necrópolis de Saqqarah. Se trata de un objeto de madera que data del siglo II a. de C. y que ha estado catalogado como un halcón en el Museo Egipcio de El Cairo hasta 1969. Estudiado por una comisión científica nombrada al efecto, demostraron que este curioso “pájaro”, no era producto de la casualidad, sino el resultado de una técnica acumulada a través de un conocimiento detallado y preciso y de una experiencia continua en el campo de la aeronáutica durante un largo período de tiempo. ¿Pero, era eso posible hace más de 4.000 años?

Los dioses, ritos, dogmas y ceremonias de la mitología asiria han llegado hasta nosotros muy mezclados con los de Caldea. La escultura asiria se halla fundamentalmente representada por divinidades y genios alados protectores que flanqueaban las puertas de sus palacios. Estos genios, generalmente toros alados, con cinco patas y rostro humano como los del palacio de Khor-Sabad de Persépolis o la figura de Pazuzu, demonio alado terrorífico asirio, del museo del Louvre, o como las figuras de Assurnazirpal II y del genio alado protector del palacio de Sargón II.

Independientemente de la labor creadora, la cultura persa desempeña una tarea esencial por cuanto asimila las aportaciones de las culturas antiguas, transformándolas conforme a la estética occidental. Los edificios característicos son los palacios (Persépolis, Susa, etc.), edificados sobre terrazas en los que los elementos característicos son las puertas con dintel que rematan con dos toros alados, de alas rizadas.

En el palacio de Artajerjes (Susa), encontramos las esculturas realizadas en ladrillo esmaltado. Son característicos de este palacio, además de los colosales toros alados con cabeza humana, colocados en las puertas, el Friso de los Grifos, que representa a un monstruo alado y el bajorrelieve “Leones androcéfalos alados”, en el que se aprecia a los leones, con alas blancas y amarillas y sobre ellos el disco solar alado, símbolo de Ahura-Mazda.

Los objetos menores de esta cultura son importantes por su belleza y, sobre todo, por el deseo de elevación descubierto en los símbolos zoomórficos. En la orfebrería persa también la aeronáutica está presente, al menos en la fantástica pieza de plata incrustada de oro, de un



*Helicópteros y aviones del jeroglífico de Osireion (Egipto).*

ibex alado, que era el asa de un jarrón realizado con gran virtuosismo.

La cultura ibérica es la más importante entre las de la prehistoria de la Península. En el arte ibérico (siglos VI-I a. de C.) se funden las producciones del genio peninsular con las influencias extranjeras especialmente la fenicia y la griega. Muy importante es la escultura, cuyas primeras manifestaciones son principalmente caballos, toros, leones y animales fantásticos.

En este apartado, en los hallazgos escultóricos y cerámicos de Elche, encontramos testimonios de un determinado tipo de divinidad alada. En el complejo escultórico del Parque de Elche, hallamos la obra "Esfinge de Elche", que representa una esfinge, sin cabeza, que sujeta entre sus garras una figura que representa a la Gran Diosa (desconocemos la advocación ibérica) que entre sus alas dispone de un tercer personaje que puede representar el alma del difunto.

En China, Japón y demás países del Sudoeste Asiático, las mitologías occidentales de Dédalo, Pegaso, etc. tienen sus homólogos. El historiador de la era "Han" (Se-ma-tsien), nos cuenta que dos mil años a. de C. ya existía un Icaro chino —el mítico Shuen— que escapó de una prisión gracias a un par de alas artificiales que se ató a sus brazos. Asimismo, son interesantes y sugestivos los relatos de las hazañas aeronáuticas que figuran en el Libro de las Montañas y los Mares (Shan-hai-Ching), donde se describen famosos carros volantes. La leyenda los sitúa en el siglo VIII a. de C., aunque el libro fue escrito diez siglos más tarde. Del Japón conocemos relatos referentes a vuelos realizados en cometas tripuladas. Uno de ellos se refiere a la fuga de la Isla de Hachijo, del hijo del samurai Minamoto-no-Tametomo, que fueron desterrados a dicha isla. No queriendo que su hijo muriese en tan alejado lugar, construyó una gran cometa, con la que el hijo pudo con éxito cruzar el mar, volando en ella y huir. Las leyendas de estos héroes están reflejadas en numerosos grabados orientales de la época.

En el primer milenio a. de C., los centros creadores de la cultura occidental se desplazan a Grecia y Roma. Grecia, en el siglo V a. de C., crea una estética que caracteriza el arte occidental; en cambio Roma realiza la labor de homogeneizar la cultura mediterránea en los primeros siglos de nuestra era.

Todo el período primitivo de la historia griega está llena de relatos fabulosos, en los que intervienen dioses y hombres, héroes y monstruos que muestran un mundo falso, irreal, engañoso, pero que nos hace comprender el modo de ser de los primeros griegos.

En estas narraciones mitológicas encontramos numerosas referencias al sentido de vuelo, al ansia de volar que tienen algunos de sus personajes. Podemos reseñar, como a Apolo, una de las principa-



*La Victoria de Ostia (siglo III d.C.)*

les deidades griegas, se le representa en los grabados de la época recorriendo los cielos en un carro tirado por cuatro caballos blancos alados; como a Aurora, la diosa de la claridad, se la representa como una diosa alada; como a Perseo, que recibió de Hermes unas sandalias aladas para volar por los aires.

En puridad histórica, podemos decir cómo el arte griego, que comienza durante el primer milenio antes de Cristo, ofrece claros ejemplos en los que los artistas manifiestan el perenne sueño de volar que siente la humanidad. Por ello no es de extrañar que los griegos repre-



*Avión de los Qimbayas (siglo V d.C.)*

sentaran, simbólicamente con alas al amor, a la victoria o a otras virtudes o divinidades (Minerva, Diana, Venus, etc.) pues según Platón, las alas son símbolo de inteligencia. Recordemos como el caballo Pegaso o las serpientes de Ceres poseían ese atributo, que también lo encontramos en otros objetos, como los cascos y sandalias de ciertos héroes. Asimismo, podemos decir que la forma de las alas condiciona, consecuentemente, la calidad de las fuerzas espirituales que simbolizan.

La escultura griega que otorga la absoluta primacía a la representación del cuerpo humano nos ha dejado testimonios del deseo de volar, del espíritu aéreo que dominaba a los artistas griegos en obras como las estatuas de la "Victoria Alada", con el ala desplegada como símbolo del triunfo, y la Victoria de Ostia.

Recordemos como en esa época el pie estaba considerado como símbolo del alma y las alas que aparecen en los talones, simbolizaban el poder de elevación consustancial a la evolución cósmica. Homero, en la "Odisea" (siglo IX a. de C), nos describe el vuelo del dios Mercurio, representado con alas en los pies: "Emprendió el vuelo, y al llegar a Pieria, bajo del Éter al Ponto, y comenzó a volar rápidamente sobre las olas, como la gaviota, que pescando peces en los grandes senos del mar estéril, moja en el agua sus tupidas alas: tal parecía Mercurio mientras volaba por encima del gran oleaje". Este dios romano, está representado con casco y sandalias con alas, en la obra "Mercurio volando" del gran escultor Jean Boulogne Giambologna (1576). Esta escultura es de elegante fantasía, de formas refinadas y acredita a su autor como un habilísimo fundidor. Otra obra digna de mencionarse, es el exvoto del Santuario de Delfos (550 a. de C.), la "Esfinge de los Naxos", monstruo con elementos fantásticos (alas y garras) y rostro femenino triste y con grandes ojos; otra escultura de la época que merece ser destacada es la Victoria de Samotracia, figura alada y una de las más bellas esculturas helenísticas.

Por último, citaremos la leyenda de Icaro y Dédalo. Icaro, de acuerdo con su padre, Dédalo, se valió de unas alas unidas al cuerpo con cuerdas para escapar del laberinto. Al volar sin obedecer las instrucciones de su padre, quiso acercarse demasiado al sol, con lo que la cera que unía las alas se derritió y el joven cayó en el mar de Icaria, junto a la isla griega de Samos, según nos cuenta Ovidio. Es sorprendente que Icaro el piloto indisciplinado, sea célebre y su padre, Dédalo, el inventor y constructor, haya sido prácticamente olvidado.

De ésta leyenda existen múltiples vestigios en la pintura romana que reflejan el ansia de vuelo, que tenían los romanos. Entre ellos podemos citar: "El vuelo de ICARO", fresco descubierto en la Casa de Amantius en Pompeya (Italia) en el que aparece Ícaro cayendo, contemplado por

numerosas personas; el "Sacrificio de Ifigenia", otro fresco encontrado en Pompeya, en el que se observa a Agamenón desolado; a Ifigenia presta al holocausto y a Artemisa volando. Siglos más tarde la leyenda la plasmaron, Rubens en su "Caída de ICARO" (1636) y Pieter Bruegel, el viejo, en su "Paisaje con la caída de Icaro".

En "Las naves de Ulises atacadas por los lestrigones", fresco hallado en el barrio de Esquilino y que se conserva en la Biblioteca del Vaticano, encontramos, además de un paisaje odiseico, unas figuras con alas trazadas al estilo que siglos más tarde se conocería como impresionista. También en el fresco "Hércules encuentra a Telefo", procedente de la basílica de Herculano, copia de un original de Apeles, obra de magnífica factura, aparecen figuras aladas.

La cerámica tuvo entre los griegos gran importancia. Fue muy rica y variada en sus formas y perfecta en sus acabados. A finales del siglo VIII a. de C., los elementos geométricos se vieron sustituidos por motivos florales y animales reales e imaginarios, monstruos alados y escenas mitológicas.

El arte etrusco es el antecedente de mayor influencia del arte romano, sobre todo en el realismo de las representaciones. Es la escultura la forma de expresión artística más cultivada por los etruscos. Como ejemplo de escultura alada que nos han legado podemos citar el grupo de caballos alados, hermosa escultura de terracota que decoraba el frontón de un templo de Tarquinia. Estos airoso animales resultan sorprendentes por su vivo dinamismo, sobre todo pensando fueron hechos hacia el 300 a. de C.

La pintura mural etrusca en viviendas, templos y tumbas tenía un propósito decorativo y resulta singular la representación de imágenes festivas. Los etruscos desarrollaron un gusto refinado en la realización de piezas decorativas, inspiradas en las culturas del Mediterráneo oriental. Influencia que se percibe igualmente en las obras de cerámica y en los objetos de metal.

Entre los cofres utilizados como joyeros y caja de cosméticos hallados en las tumbas, se encuentra la "Cista Ficoroni", decorada con escenas del mito de los Argonautas y con figuras aladas, cuyo autor, Novius Plautius, se revela como un gran artista. Asimismo, en un espejo de

mano que se conserva, delicioso por los detalles que nos aporta de la vida cotidiana, aparece una Vike alada que sobrevuela a Polax con la corona, lo que refuerza la teoría del deseo de volar, patente en todos los periodos del arte.

Roma fue un pueblo de labradores, de comerciantes y de guerreros. Los romanos mostraron mayor interés por las cosas

abreviar en aguas movidas, en un paisaje que el artista acaricia más que esculpe.

Pero no cabe duda que la "Apoteosis de Antonino Pío y su esposa Faustina" y la "Apoteosis de la Emperatriz Sabina ante Adriano" son las dos más claras muestras del sueño de volar de los romanos. En ambos bajorrelieves aparecen en el Campo de Marte los personajes sentados, presenciando la creación, mientras el centro de la escena está ocupado por una figura alada que despega en vuelo oblicuo y que lleva al cielo las almas de los difuntos imperiales.

En la pintura romana, podemos destacar como lo más interesante, la técnica de manchas de color al temple, a la manera impresionista, con toques de sombra y luz. No hemos encontrado ninguna figura alada en estas pinturas, pero sí en un mosaico en Ampurias el "Sacrificio de Ifigenia", en el que aparece una cierva voladora.

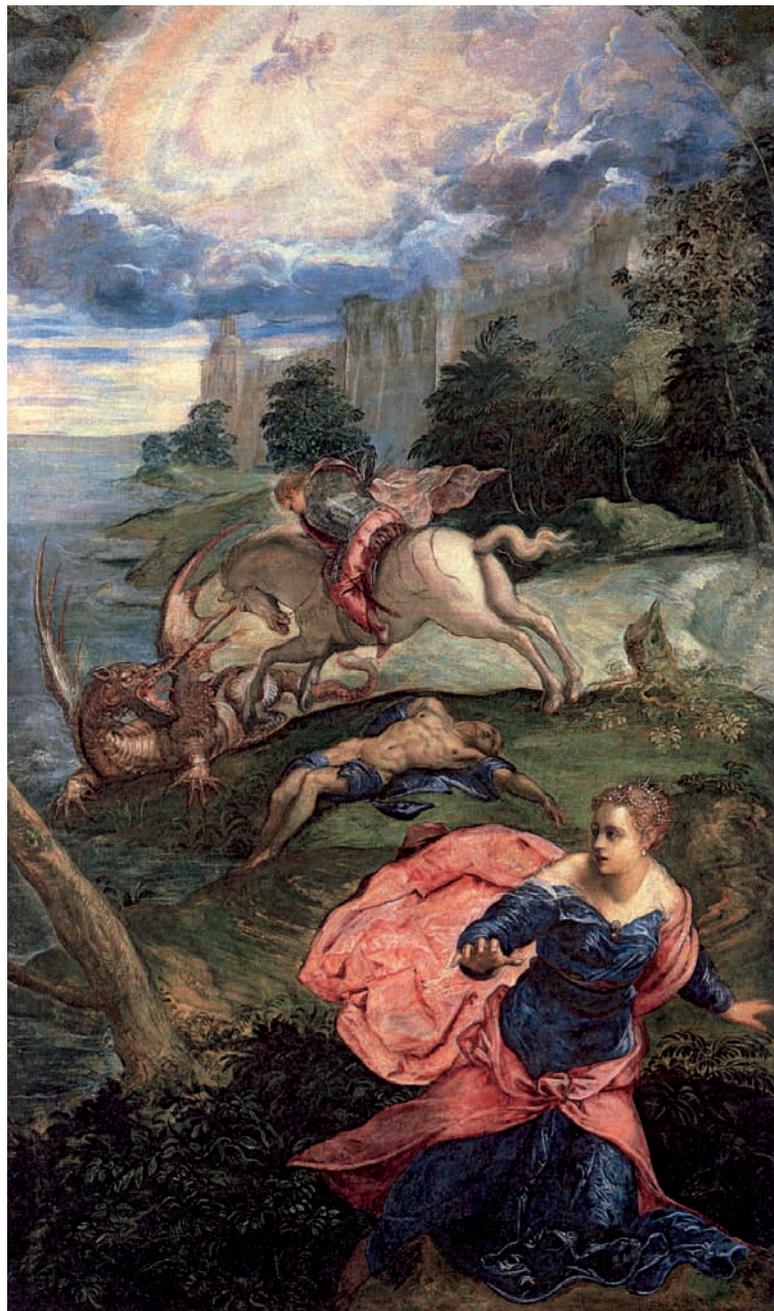
Aunque el período visigótico, solo abarca desde Leovigildo (año 572) hasta el año 711 que fueron derrotados por los moros en la batalla de Guadalete, su arte, que no fue una ruptura con las formas aristocráticas de los hispanorromanos, evolucionó en el transcurso del tiempo hasta llegar a tener unas características propias.

Es un arte cristiano, de carácter religioso, desarrollado principalmente en el siglo VII. Para la mayoría de los investigadores el arte visigodo es producto de la tradición romana y paleocristiana precedente junto con influencias bizantinas.

La escultura visigótica es un complemento necesario para decorar los muros. Estos se llenan de frisos basados en elementos geométricos o flores repetidas, zarcillos, estrellas y figuras de animales. En la ermita de

Santa María de Quintanilla de las Viñas (Monumento Nacional desde 1929) encontramos una figura alada. En las paredes exteriores se pueden admirar tres frisos esculpidos con pájaros, símbolos, anagramas y cuadrúpedos. En un detalle se muestra un cuadrúpedo alado, de inspiración sasánida, que refleja una vez más el deseo imperioso de imitar a las aves, de poder volar. Este deseo contenido durante miles de años hizo que el hombre se conformase con velos imaginarios o dando alas a quien no las poseía.

Por otro lado, las civilizaciones precolumbinas de América, también realizaron



*San Jorge y el dragón, Tintoretto (1555).*

prácticas y sus obras artísticas llevan siempre un sello utilitario. El Derecho y la Arquitectura fueron sus dos grandes realizaciones, pero su mérito principal es haber extendido la civilización grecolatina por una vasta parte del mundo conocido. La escultura romana, que más que un arte, es artesanía supeditada a exigencias honoríficas o conmemorativas, cultiva el retrato preferentemente.

En el aspecto aeronáutico podemos destacar: el Mercurio alado de Itálica, figura donde se idealiza el desnudo de carácter helenístico, y el Pegaso alado de Belerofonte, del palacio Spada, que parece



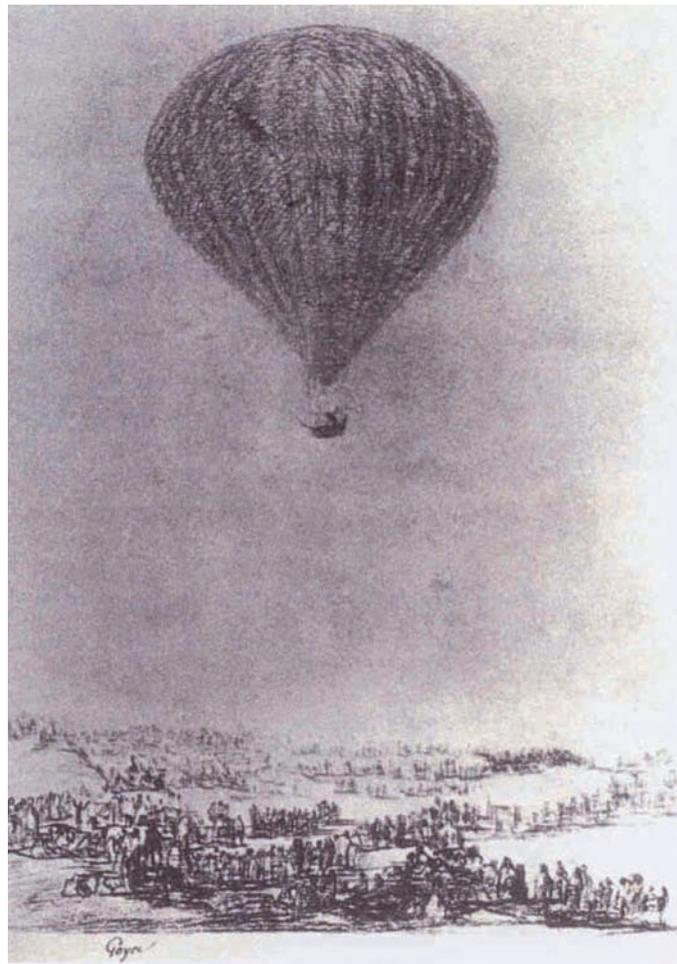
*El Dragón Alado de Leonardo de Vinci (siglo XVI).*

obras con ésta temática. Los Quimbayas, pueblo que vivía en el valle del río Cauca (Colombia) entre el 200 y 800 d. de C. y considerado como uno de los mejores orfebres de la América prehispana, fabricaron cantidad de objetos artísticos. Se han encontrado en Colombia, veinte joyas de oro, que han sido catalogadas como reproducciones zoomorfas pero que si las analizamos mas profundamente observamos que son figuras con alas semejantes a las libélulas y planos de deriva como los aviones. Estos objetos, –insectos, pájaros o peces voladores–, tienen un parecido asombroso con los aviones de caza actuales. Asimismo en Tiwanaku y Tawantinsuyu han aparecido figuras de hombres alados que nos dicen del deseo de volar de los Incas. La Puerta del Sol de Tiwanaku monumento lítico que contiene el “Ojo alado”, que representa la sensación de vuelo de la vista, podría ser la muestra más característica del espíritu aéreo de la cultura prehispánica.

En pleno esplendor del Imperio Romano surge y se desarrolla un nuevo arte que se denominó paleocristiano, que por romper con el paganismo representa la iniciación del arte medieval. La pintura paleocristiana, que comienza en las catacumbas, está llena de simbolismos pues se dirige más al significado de las representaciones que a la estética de las mismas. Cabe destacar la realización de mosaicos de gran colorido y de inspiración casi siempre litúrgica. Los temas pictóricos muy variados representan a animales cargados de simbología cristiana –paloma,

ciervo, pavo real– o signos acrósticos con gran significado teológico.

El más destacado de los mosaicos paleocristianos con simbología aérea es el ábside de la iglesia de Santa Prudencia de Roma donde, junto a las Santas Prudencia y Práxedes que coronan a los apóstoles Pedro y Pablo, destaca una cruz sobre un cielo tormentoso en el que aparece el Tetramorfos (figura alada) del Apocalipsis. Este símbolo, muy utilizado



*El Globo de Francisco de Goya.*

en esta época, también lo encontramos en el mausoleo de Gala Placidia en el templo de la Santa Cruz de Rávena, capital del Imperio de Occidente.

En ésta etapa, en las artes aplicadas del tallado del marfil, también encontramos figuras con alas. Podemos citar entre otras, la placa de la colección Trivulzio (Milán), considerado uno de los más bellos marfiles conocidos, que con un refinamiento y delicada elegancia representa el sepulcro redondo construido por Constantino sobre el Santo Sepulcro de Jerusalén.

Entre los siglos XI y XII, nace un arte al que se da nombre de románico. Este arte, como primer estilo internacional de la cultura occidental, representa el concepto de la unidad espiritual de Europa. Las nuevas técnicas constructivas, la fusión de la expresión, la belleza en las artes figurativas, la integración de todas las artes en la armonía de un estilo coherente, son aspectos que justifican la aceptación del estilo y el carácter que se le otorga como símbolo de la Europa unida espiritualmente.

El arte capital de este periodo es la arquitectura religiosa, aunque no duró más que un siglo pues, preocupados los artistas con la idea de estilizar las iglesias, acabaron por descubrir las ventajas que ofrecía el arco apuntado que daría lugar, poco más tarde, al llamado arte gótico.

La escultura adquiere en este periodo una importancia fundamental, pues se incorpora plenamente al edificio al que embellece. El escultor románico adapta sus figuras al marco arquitectónico que las soporta. Ello se evidencia particularmente en los tímpanos de las puertas, donde su figura circular obliga a los personajes a adoptar diferentes alturas, inclinando o agachando sus cuerpos.

El escultor románico se inspira en mil fuentes, tanto religiosas como profanas. En el comienzo del románico prevalecen las escenas del Antiguo y Nuevo Testamento, pero pronto el bestiario fantástico se apodera del mundo románico. Dentro de la galería de figuras de fábula, estas criaturas extrañas han poblado la tierra, habitado sus océanos y surcado sus cielos desde tiempos inmemoriales, sembrando el terror y el asombro de sus observadores. El origen de estos monstruos míticos es un misterio, como también lo son las razones que llevaron a su invención. Posiblemente fueran una forma de representar los miedos y las fantasías más profundas del hombre.

El románico sacraliza esta estética pagana, convirtiendo a los animales –reales o imaginarios– en portadores de virtudes o per-

versiones, por lo que aparecen en multitud de edificios de la época.

Es natural que de las obras de escultura románica, que son en su mayor parte decoraciones de monumentos, tengamos menos noticias literarias que de los grandes edificios que tratan de embellecer. Sin embargo, no faltan algunas referencias gracias a la iniciativa de los mismos escultores. Tal ocurre, con Gislebertus, que realizó, alrededor de 1135, la mayor parte de las esculturas de San Lázaro, en Autun (Francia).

El afán de simbolizar las perversidades que tenía este escultor románico lo muestra de forma explícita en la figura de Simón el mago de la Catedral de Autun. En el año 66 de la Era Cristiana cundió por todas partes la noticia de la hazaña trágica de Simón el mago. La crónica atribuía a Simón cualidades de mago por la forma de vida que llevaba y por sus costumbres un poco raras para la época. Simón trató de desvirtuar aquella aureola maléfica y quiso profesar la doctrina que predicaba los apóstoles Pedro y Pablo, ofreciéndoles dinero para que le bautizaran. Pero san Pedro ofendido rechazó la oferta y lo arrojó de su presencia.

Simón se sintió ofendido y juró vengarse del ultraje. Para ello se lanzó a una campaña de descrédito contra la fe cristiana. Quiso entablar una lucha contra los dos apóstoles en el campo de lo sobrenatural. Para ello mandó construir una elevada torre desde donde pensaba realizar un viaje del cielo a la tierra y probar así que podía volar. En el día señalado para el evento, en el circo y ante Nerón se lanzó el Mago desde la torre y comenzó a planear. Pedro musitó una oración y un mandato suplicando a Dios que lo abandonase. Desde ese instante Simón no pudo dominar sus movimientos y cayó a tierra rompiéndose una pierna. A los pocos días falleció. En recuerdo de esta hazaña, Gislebertus esculpió “La caída de Simón el mago” que se encuentra en un capitel de la catedral de San Lázaro en Autun.

En España encontramos testimonios de figuras aladas en la etapa final del románico, cuando sus formas se funden con las del incipiente arte gótico. Destacaremos en las artes aplicadas los talleres de marfil de León y Castilla que nos han dejado numerosas muestras del bien hacer de sus artistas.

Por ello, al ser también las alas, en el simbolismo cristiano, “la luz del sol que ilumina las inteligencias de los justos”, es lógico que aparezcan en el románico religioso en múltiples objetos. Un claro exponente de este aserto lo encontramos en el arca que contiene las reliquias de San Juan Bautista y San Pelayo de la Real Colegiata de San Isidoro de León.

Otro ejemplar de ésta teoría lo hallamos en Santo Domingo de Silos, en los capiteles de las columnas donde aparecen arpías (ave fabulosa con rostro de mujer y cuerpo de águila), aves y otros animalillos.

En el Libro de Alexandre, obra anónima española de la primera mitad del siglo XIII, que narra la vida de Alejandro de Macedonia (Alejandro Magno), el poeta castellano explota la leyenda y manifiesta simultáneamente su doble sentir de admiración y enjuiciamiento moral ante la doble condición del protagonista. Hombre de acción y hombre sabio, que alimenta una insaciable aspiración de saber que le empuja a sorprendentes empresas, tanto aventuras submarinas como la gesta de la vuelta al mundo por el aire. Esta expedición la llevó a cabo en un vehículo aéreo en alas de dos grifos hambrientos y como el mismo decía con



*Mercurio volando de Jean Giambologna (siglo XVI).*

el fin de “veer todél mundo cóm yazié o cuál er”. Este hecho quedó reflejado en el siglo XII en un retablo que está en la Basílica de San Marcos de Venecia.

El último arte que florece en la Edad Media, el llamado estilo gótico (siglos XII al XV), nos deja numerosas muestras del interés de los artistas de la época por las cosas del aire. Recordemos como la pintura gótica reduce la pintura mural, se pinta sobre tabla (retablos) y pasa finalmente al tríptico.

Generalmente, los artistas tratan temas religiosos; los pintores se esfuerzan por lograr la naturalidad y reproducir gestos y ademanes con exactitud, un poco exagerado hacia lo dramático.

Pero lo que ocurría en los cielos lo reflejaban los pintores de la época. Eran siglos

donde la brujería, la magia y la Inquisición estaban a la orden del día. Es también en estos tiempos cuando los artistas reflejan en sus obras artefactos voladores.

Así a principios del siglo XIV, el gran maestro de la escuela florentina que es Giotto, el verdadero iniciador de la pintura moderna, dibujó en su “Adoración de los Reyes Magos” una peculiar estrella con forma de bola de luz que dejaba una brillante estela a su paso. No cabe duda que de alguna forma en este cuadro el maestro quiso reflejar un ingenio volante.

Pocos años más tarde, Paolo Ucello –magnífico representante del Quattrocento italiano– se dedicó al estudio de los problemas de la perspectiva pictórica y nos ha legado una obra “La Thébaïde” en la que además de un Cristo Crucificado pintó una pequeña nave, que se desplaza siguiendo una curva imposible; también durante la etapa experimental de su carrera realizó un “San Jorge y el dragón” en la que como en muchas de sus pinturas se respira una atmósfera irreal que sugiere analogía con las creaciones de los modernos surrealistas.

Son muchas las representaciones religiosas en las que aparecen artilugios mecánicos volando. Entre los artistas italianos que nos han dejado muestras de éste simbolismo, podemos citar al fraile carmelita Fra Filippo de Lippi, que en su obra “La Virgen y San Juan Infante”, plasma una especie de platillo volante, con forma de cúpula, que no tendría mayor importancia si se tratase de un pintor contemporáneo pero sorprende al pensar que el citado óleo se pintó a mediados del siglo XV.

Este siglo XV, con el renacimiento artístico y científico, nos lega los trabajos del gran genio florentino, Leonardo de Vinci. Hombre de extraordinaria curiosidad, desea desentrañar la realidad, su apariencia y su sentido. De ahí que arte, ciencia y filosofía vayan en él estrechamente unidas. Aunque duda entre la escultura y la pintura, se siente especialmente pintor e ingeniero.

Leonardo, en su faceta científica, concibió y entrevió la posibilidad del vuelo artificial. Creyó en la posibilidad de imitar el vuelo de los pájaros: conclusión a la que llegó por las numerosas observaciones del comportamiento de los mismos y el estudio profundo, racional de su anatomía. Estas teorías las plasmó en numerosos dibujos de notable originalidad. Leonardo como consecuencia de esos estudios del vuelo de las aves realizó diversos proyectos de máquinas voladoras, que llaman la atención por lo avanzado de sus concepciones, pero no se tiene noticia que el genial florentino intentara nunca llevar a la práctica sus elucubraciones teóricas sobre los ingenios aéreos.

Dos dibujos entre los muchos dejados por Leonardo, tienen una importancia particular: el esquema de un helicóptero y el de un paracaídas. Como pintor de la aeronáutica, además de los numerosos dibu-

jos que nos ha legado, una obra “El dragón alado se arroja sobre el león” en la que una vez más Leonardo de Vinci deja constancia de su genialidad para el dibujo.

Rafael Sanzio de Urbino, “Rafael” en el arte, quizás el pintor que mejor representa la perfección del clasicismo, también nos ha dejado una muestra iconográfica aeronáutica. En su obra “Visión del Todopoderoso” de Florencia imaginó a Cristo como Júpiter flotando en el aire, rodeado de los Cuatro Evangelistas.

En pleno siglo XVI, Antonio Allegri, más conocido por Corregio, parece deleitarse en los cuerpos redondeados de los ángeles y de los cupidos. Además de la pintura religiosa, muy numerosa, a Corregio hay que conocerle también por sus cuadros profanos, donde muestra su nota poética y sensual. Su obra “Danae” (Galería Borghese), destaca por la tierna sensualidad y por el delicado claroscuro y en ella un genio alado retira las ropas que cubren a la diosa griega preparándola para las bodas celestes. También el pintor de la escuela veneciana Jacopo Robusti “Tintoretto”, con su desmesurada producción y el carácter dramático y trágico de sus composiciones nos ha dejado muestras de iconografía aeronáutica. Estas alegorías las podemos contemplar en sus obras “San Jorge y el dragón” (1555), o en “El origen de la Vía Láctea” (1577–79).

Sandro Botticelli, pintor renacentista italiano de la escuela de Florencia, segunda mitad del Quattrocento, sintió la tendencia de transformar en mito y alegoría los temas narrativos y en su última época (1485), pintó por encargo de Lorenzo de Médicis, tres tablas para decorar su villa de Castello. “El Nacimiento de Venus”, la más clásica de las tres tablas, representa en un paisaje idílico a Céforo, hijo de Eolo, siempre representado como un hermoso joven alado, que arroja flores; completa la tabla su esposa Clora a quien transporta por el aire y la figura principal la diosa Venus. El desnudo cuerpo de la diosa delata languidez frente al compacto grupo de los Céfitos.

La escultura del Renacimiento se remonta al siglo XIII, siendo en los siglos XIV y XV cuando alcanza su mayor esplendor, cuando el desnudo idealizado y el interés por la naturaleza se inspiran en los cánones clásicos y donde las temáticas se diversifican (mitología, religión, leyendas etc.)

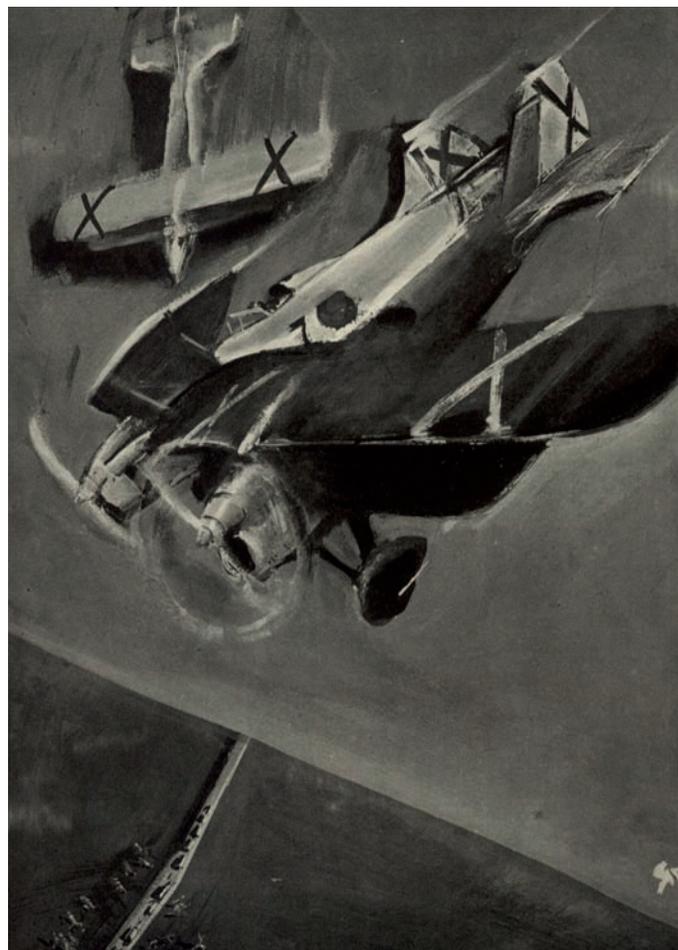
Andrea Cione, “Verrocchio”, escultor florentino, discípulo de Donatello, esculpió (1472) un “Cupido” de bron-



*Grifo portaestandarte del Palacio Grisoli (Siena)*

ce, –fundido para una villa de veraneo de los Médicis–, que se caracteriza por la delicadeza de su artesanía.

Otro escultor que ocupa un lugar destacado en la historia de la escultura por la excelencia y perfección de sus obras es el florentino Benvenuto Cellini. Es digno de destacar que el bronce más importante de los realizados por este artista sea precisamente una figura alada “Perseo y la Medusa” (mediados siglo XVI). La obra, una escultura de 3,2 metros de altura, se alza sobre un pedestal de mármol decorado con tres figuras de bronce dentro de unas hornacinas. En una de ellas figura Mercurio dando lec-



*Aviación Legionaria de Mario Sironi*

ciones de cómo volar a Perseo. Con esta obra Cellini, está a la altura de Miguel Ángel y es la que le ha dado mayor fama, no sólo por su belleza sino también por la complejidad de su ejecución.

Por ésta época, en España, también encontramos muestras iconográficas aéreas. Concretamente en Granada, en el Palacio de Carlos V, importante aportación cristiana a la belleza monumental de la Alhambra, el arquitecto P. Machuca, colocó en las paredes laterales de la fachada principal frente a la Alcazaba, las figuras aladas de las diosas Fama y Victoria.

En Francia, un pintor desconocido realiza en 1460, el retablo del Prieure de Saint Hippolyte de Vivoin, en el que aparece una imagen conocida popularmente como “Virgen del helicóptero”. En esta pintura se ve a la Virgen con el Niño Jesús en los brazos, sostiene en sus manos una esfera de hierro atravesada diametralmente por una varilla de madera, que en uno de sus extremos lleva fijadas cuatro aletas en forma de cruz. La idea del pintor al colocar ésta especie de molinillo en las manos del Niño era la de representar a Jesús como un niño terrenal, para romper así con la tradición pictórica de representarlo excesivamente idealizado. Hasta entonces nadie se había atrevido a representar al Niño Jesús jugando con un molinillo. Este juguete del cuadro, una especie de helicóptero se adelanta casi cinco siglos a su hermano mayor el helicóptero del siglo XX.

Los artistas del siglo XVIII, iniciaron la reflexión sobre la decadencia de su mundo y trataron de investigar las culturas pasadas donde creían encontrar la pureza y moral perdidas. En París, a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, se origina un rechazo al arte Rococó paralelo al que surge en contra de la aristocracia a la cual representa. Se produce una vuelta al orden impulsada por la clase media ilustrada que tenía nuevas pautas morales. La Revolución Francesa le da un nuevo contenido reafirmando como modelo estético pero sobre todo como modelo ético. Nace lo que Winckelmann denomina neoclasicismo, es decir: una aproximación a la cultura grecolatina más rigurosa.

A principios de ese siglo encontramos a un brasileño, Bartolomé Lorenzo de Guzmán, considerado como el inventor de los aeróstatos, que en Lisboa en 1709, experimentó una máquina voladora que se ha querido ver como un globo de aire caliente. Así, nos lo muestra Bernardino de Souza de Pereira en el óleo titulado “Demostración de un globo por el Padre Bartolomé L. de Guzmán ante Juan V de Portugal, M<sup>a</sup> Ana de Austria y el Cardenal Conti”.

Muchos años tenían que pasar hasta que, en Annonay, los hermanos Montgolfier fabricaran un globo.

Se probó con éxito, el 4 de junio de 1783. Este experimento quedó registrado para la historia en un coloreado grabado en el que se muestra la primera ascensión pública de un globo de aire caliente.

El indescriptible entusiasmo suscitado por el éxito de los hermanos Montgolfier irradió a muchos lugares del mundo. En Francia incitó la curiosidad de los físicos de París. Por este motivo la Academia de Ciencias aceptó la propuesta de un joven físico, el profesor Charles, que deseaba realizar la proeza de los Montgolfier. Se asoció con los hermanos Robert y juntos

construyeron un globo de seda impermeabilizada de pequeño diámetro, muy pequeño si se compara con el de los Montgolfier. La diferencia entre ambos aeróstatos era que este se llenó con hidrógeno en lugar de aire caliente. El 27 de agosto de 1783 desde el Campo de Marte de París se elevó el globo.

Como se ve, el triunfo de la aerostación marchaba a las mil maravillas y por ello, podemos decir que una característica muy acusada de finales del siglo XVIII fue la admiración que mostraba el público hacia la aerostación. Por ello, no es de extrañar que la Literatura, las Bellas Artes y las Artes Aplicadas, se apropien de la nueva técnica y contribuyan a su divulgación. Este entusiasmo de la gente, se traduce por la producción de innumerables objetos que materializan de alguna forma la nueva conquista.

En España, el nuevo invento llama la atención tanto de los técnicos como de los artistas, siendo estos últimos los que lo plasman en sus obras. El primer testimonio pictórico-aeronáutico español, lo hallamos en el grabado al aguafuerte de la hazaña de un aviador extremeño llamado José Patiño. En dicho grabado (1784) aparece un extraño artefacto bautizado como "Pez Aerostático" volando de Plasencia a Coria. En este mismo año, el pintor Isidro Carnicero imagina con humor una Fiesta de Toros en el aire y graba el enfrentamiento de un toro y un picador suspendidos por dos globos.

En Inglaterra, el aerostero George Biggins realizó una salida en globo desde St. Georges Field. El pintor inglés Julio César Ibbetson reflejó el evento legándonos un óleo "El ascenso de George Biggins en el globo de Lunardi" en el que podemos ver el globo, los mástiles para guiar el ascenso y un obelisco.

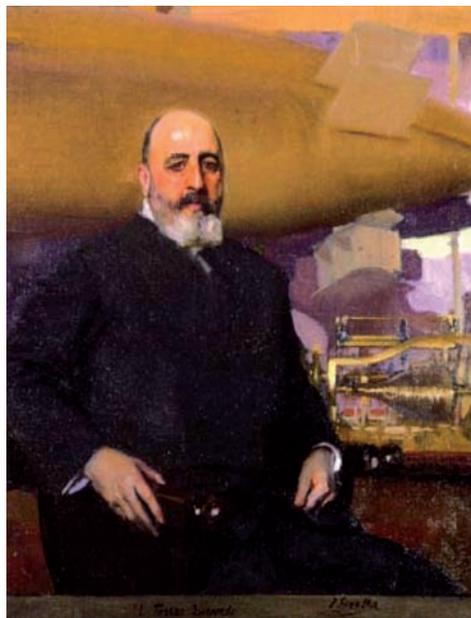
En Italia, el veneciano Juan Bautista Tiepolo, pintó los frescos de la Iglesia de los Carmelitas Descalzos de Venecia y



*Atómica Melancólica de Salvador Dalí (1945).*

aunque la obra se perdió, por un bombardeo aéreo en 1915, se conserva el boceto de la "Traslación de la Santa Casa de Loreto" (1743-45), que preparó para la composición destinada a la iglesia.

A finales de siglo encontramos a Claude Michel "Clodion", escultor francés, que realiza grandes esculturas de estilo un poco frío y muy influenciado por la antigüedad grecorromana. Por el contrario, sus terracotas, pequeñas y de gusto rococó, están llenas de vida y movimiento. La única obra de ambiente aeronáutico que conocemos de éste artista francés es la que le encargó el rey Luis XVI para el monumento dedicado a los vuelos en vehículos más ligeros que el aire. En 1784, Clodion presentó en barro cocido, un boceto de estilo rococó, en el que están representados unos niños alados, una diosa trompeta en mano y el rey de los vientos Eolo que celebran la llegada de un globo de aire caliente.



*Retrato de Torres Quevedo de Joaquín Sorolla*

Recordemos como hasta la revolución francesa, el aeróstato fue, junto a los juegos artificiales, la atracción obligada de las fiestas populares, pero a partir del año 1794 los franceses deciden emplear el globo cautivo para fines militares. Esta nueva aplicación, utilizada en la Batalla de Fleurus, quedó reflejada en la acuarela de N.J. Conté "El Globo cautivo en el sitio de Mayence".

El siglo XIX conoce la expansión definitiva de la Aerostación y es el momento en que los globos comienzan a participar en el campo científico. Dado el espíritu aerostero que reina

en este siglo, no es de extrañar que los artistas se interesen por plasmar en sus obras estas nuevas máquinas aéreas. Una aventura privilegiada comienza a la vez para los aviadores y para los artistas. Un nuevo cielo, finalmente, es descubierto donde se puede volar sin caer. Buena parte del siglo XIX y del siglo XX, pueden ser consideradas como el período de las grandes "proezas aeronáuticas" y como es lógico, cada proeza tiene su artista, pues la aeronáutica y el arte moderno son contemporáneos.

Refiriéndonos a España, Francisco de Goya, no es ajeno a ésta corriente y plasma este espíritu en un grabado al aguafuerte (1816) titulado "Modo de volar" de la serie de Los Disparates, en el que el artista aragonés recrea el viejo sueño de volar.

Pero Goya también se sintió atraído por la aerostación. Tenemos constancia de dos obras aerostáticas suyas. Un aguafuerte, titulado "El Globo", en el que se muestra una ascensión con numeroso público presenciando el espectáculo, siendo el globo la figura principal del cuadro y el óleo sobre lienzo "Globo Aerostático" de magnífica factura.

En Francia, el pintor, Eduardo Manet, que rompió con la pintura tradicional y que escandalizó a sus contemporáneos por sus atrevidos desnudos, tampoco pudo sustraerse a la moda de pintar temas aerostáticos. Así, este precursor del impresionismo, cuando en 1862, inició un nuevo ciclo de su carrera, simultaneó el pintar óleos, con realizar aguafuertes iniciando con ellos su notable actuación de grabador. Entre sus obras encontramos dos, de carácter aeronáutico, "El Globo", litografía en la que muestra una fiesta popular con aeróstato y el cuadro al óleo "La Exposición Universal. París 1867".

Durante la segunda mitad del siglo XIX, Gaspar Félix Tournachon "Nadar" realiza un número considerable de ascensiones

por toda Europa. Nadar fue además pionero de la fotografía aérea a quien el arte y la ciencia fotográfica deben mucho. Las primeras fotografías aéreas llevan su firma; pero Nadar, no solo era fotógrafo, era también pintor y escritor. Su cuadro al óleo "La partida del globo" (1871), refleja las esperanzas del asediado París esfumadas con la evasión del ministro Gambetta, desde Montmartre, para hacerse cargo de la defensa nacional francesa.

Odile Redon, simbolista francés, nos ha dejado una litografía, "El ojo como un globo extraño se dirige hacia el infinito" (1882), que es un tributo a su pasión por lo extraordinario y lo sobrenatural. Otro simbolista importante fue Pierre C. Puvis de Chavannes, que muy tempranamente se dirige hacia un género pictórico que ya habían abandonado los impresionistas. En 1870, pinta el cuadro al óleo "El Globo" en el que una mujer de negro simboliza, París, que asediado en la guerra franco-prusiana, se comunica con el exterior por el aerostato.

Otro artefacto aéreo, el dirigible, ha encontrado en los artistas motivo de inspiración dejando muestras en numerosas obras. Arquitectos, como Mario Sironi o Aldo Rossi dieron mostraron su talento en dos grabados, que aunque muy separados en el tiempo, expresan la exaltación de la máquina y de la técnica moderna. Pertenecen a la escuela futurista que tan profunda huella ha dejado en la denominada "aeropintura".

En el certamen de pintura de la Exposición Internacional de Barcelona de 1929, participó Jaume Mercadé con un óleo sobre lienzo con motivo aéreo. Presentó el vuelo de un dirigible, presumiblemente un Zeppelin, sobre una ciudad española.

Desde que en 1903 los hermanos Wright, tras colocar un pequeño motor sobre una estructura de bambú y tela, lograsen recorrer volando algunos centenares de metros, la conquista del aire, en poco tiempo, consiguió progresos gigantes. Este vuelo, aunque realizado en Estados Unidos, tuvo en Europa una enorme repercusión, a la que contribuyó, de forma significativa, los numerosos mecenas que ofrecieron premios para contribuir al desarrollo de la aviación.

Francia, pionera en la aeronáutica, crea numerosas fábricas de aviones. Entre las creadas podemos destacar la de los hermanos Voisin, que pueden ser considerados como los primeros constructores de aeroplanos del mundo. Un amigo de los Voisin, el pintor Francois Alaux, fijó en 1908, sobre una tela "Atelier des frères Voisin", la imagen de dicha fábrica. En el

óleo, además de un taller de la fábrica Voisin, retrató a ilustres personajes de la incipiente aviación francesa.

Otro francés, Robert Delaunay, pintor abstracto, se siente atraído por el color, las formas y el espacio. Como justo en estos años se estaba desarrollando la aviación, una forma real del movimiento, Delaunay es sensible a ello y acabó interesándose por los temas aeronáuticos. A uno de los héroes de la aviación dedicó algunos de sus cuadros, entre los que destaca su tela "Homenaje a Bleriot".

Paul Klee, pintor suizo, acuarelista y aguafuertista, considerado como uno de los representantes más originales del arte moderno, ha dejado unas obras que muestran el dominio de unas cromáticas delicadas, usadas para crear composiciones sencillas y semiabstractas o incluso efectos que le asemejan a mosaicos.



*Live Ammo (Ha, Ha, Ha) de Roy Lichtenstein (1962)*

Sus dibujos de inspiración aeronáutica como sus "Aviones-pájaro" (1918) y su "Globo Rojo" (1922), manifiestan su obsesión por el vuelo.

Se ha dicho que el arte, era el hombre añadido a la naturaleza, pero en el período entre las dos guerras mundiales se podía completar la fórmula por "añadido a la técnica". Como escribe Le Corbusier "el avión, en el cielo, lleva nuestros corazones por encima de las circunstancias ordinarias. El avión nos ha dado vista de pájaro".

Y es, este periodo entre guerras, la época del nuevo realismo en pintura y simultáneamente la de la expansión y desarrollo de la aviación, tanto civil como militar. Numerosos artistas se aplican con sus obras en demostrar la excelencia de la nueva técnica. Por lo que a pintura se refiere, el avión y su entorno ha suscitado desde siempre toda una legión de es-

pecialistas que, sin embargo y salvo importantes excepciones no pasan de ser considerados como artesanales pintores de género. Otros como Georgein, se han acercado a la aeronáutica de forma marginal, aunque su resonancia cultural haya sido infinitamente mayor.

Esta época es la escogida por Miró para realizar su Collage (1928) "Par avion"; más tarde, Miró ofrecerá su "Libélula de alas rojas" y su proyecto de "Maqueta decorada del Concorde" como contribución de su arte a la nueva técnica.

Con Picasso, nació una nueva forma de pintar, el cubismo; es de destacar que también los cubistas se interesaron por los temas aeronáuticos. Uno de los más destacados podría ser Roger de la Fresnaye. Su "Conquista del cielo", en la que el pintor aparece con su hermano discutiendo en una mesa y un globo alejándose de este mundo, es un óleo sobre lienzo en el cual observamos que junto a unos colores vivos, apenas hay contornos, pues es una obra basada en el poder constructivo y especializado del color.

Una vez más, el arte ha tomado como modelo a la aviación. El arquitecto mexicano Juan O'Gorman, atraído por el movimiento muralista decoró con murales al fresco y al temple numerosos edificios. En 1937, realizó al temple la historia de la aviación, desde las leyendas hasta los sueños por volar, en los murales del Aeropuerto Internacional de México.

Joaquín Sorolla, pintor español de tendencia impresionista, supo captar la luz del Mediterráneo de forma única, sobre todo en escenas de pescadores y playas. Cultivó el retrato al óleo y cuando realizó el de Torres Quevedo, eligió como fondo un tema aeronáutico, un dirigible.

Llegado este momento, cabe preguntarse: ¿Es la guerra aérea un tema de inspiración para los artistas? La respuesta es sí, ya que la aviación tiene riesgo y el riesgo vende bien. Por ello, no es de extrañar que se hable mucho más de Icaro que de Dédalo. Picasso así lo considera en su decorado "Icaro siempre recordado" que pintó para el ballet de Serge Lifar "Opera" en 1962.

Por esa misma razón, no es de extrañar que la Primera Guerra Mundial haya dado mucha y muy buena pintura. Así podemos citar a los franceses Dunoyer de Segonzac, el ya citado La Fresnaye, hasta Jean Cocteau y Paul Iribe, que han contribuido con sus obras pictóricas aeronáuticas a elevar al máximo nivel este tema artístico.

También en las Islas Británicas hay importantes artistas de temas de guerra aérea. Podemos citar: al inglés Turnbull que nos ha dejado un impresionante "Último combate de Richthofen" y al irlandés

John Lavery, cronista–pictórico oficial de la Armada inglesa, en la guerra. Lavery, nos ha dejado testimonios claros de su buen hacer y de sus excelentes maneras de pintor. “Un Aeródromo en 1918” y sobre todo “Un convoy, Mar del Norte” son dos de sus mejores obras sobre el tema.

No cabe duda que representar, en una superficie plana, la impresión física y psíquica del entorno aéreo y de forma asequible al espectador, es la regla de oro para valorar una pintura aérea. Sentir la atmósfera, la velocidad, la libertad, captar lo inefable del vuelo es la apuesta de los llamados futuristas italianos, que más o menos postergados u obsoletos intentaron lo imposible.

Entre estos artistas, podemos destacar a Gino Severini, pintor que se acercó al orfismo (impresionismo dinámico) y al cubismo y que con su tela “La Guerra” de 1915, hace al avión protagonista de su obra; otro gran representante de ésta tendencia es Mario Sironi que nos ha legado su guache–collage “Aeroplano amarillo con paisaje urbano”, una de las primeras representaciones de aviones que se realiza en el ámbito del futurismo y que luego tendrá en la aeropintura un amplio desarrollo temático.

Por otro lado, cuando nació el movimiento pictórico Dadá, fue el collage la forma de expresarse de los pintores por lo que esta técnica tenía de visión transgresora de la realidad. Su máximo representante Max Ernst, realizó en 1920 una obra sin título (aunque algunos la llaman “El avión asesino”) que es un collage con recortes de láminas de anatomía o de ciencias naturales y con ilustraciones de novelas folletinescas. En el collage aparece el tema del herido de guerra que Max tratará repetidas veces y con él construyó un mundo fantástico y sobrecogedor que presagiaba el surrealismo.

También la Segunda Guerra Mundial inspiró de forma notable a los artistas. Así, los ingleses nos han dejado obras de un interés especial. Frank Wooton, pintor que participó activamente en la guerra alistado en la RAF, nos legó unas pinturas que son fieles reflejo de su participación activa en el conflicto. Pero, no cabe duda, que la obra más importante sobre este episodio bélico, la materializó Paul Nash que, combatiente en la contienda, sus obras no son una apología de la misma. Su óleo “Defensa de Albión” de 1942, es una muestra de cómo entendía este artista la pintura y la guerra. Su cuadro que parece más una acuarela que un óleo, muestra un avión del Mando de Costa inglés con sus perfiles desfigurados, sobrevolando un mar encrespado.

El pintor español Salvador Dalí, genio universal, personaje excéntrico, extravagante, polifacético y original, en su pintura surrealista recreada en un mundo de fantasía, a la que él mismo denominó, método paranoico–onírico, nos ha legado una obra de temática aérea “Atómica



*Figuras aladas de Lynn Chadwick.*

melancólica”, pintada en Norteamérica en 1945, para recordar el lanzamiento de la bomba atómica.

Otro español universal, Pablo Ruiz Picasso, pintor, grabador, escultor, ceramista, muralista, escenógrafo y figurinista español, manifiesta su genio indiscutible de artista revolucionario del siglo XX en la variedad de etapas que constituyen su evolución artística: épocas azul y rosa, época cubista, periodo neoclásico, época surrealista y periodo expresionista. De su época cubista es el óleo ovalado “Nuestro porvenir está en el aire” (1912), homenaje irónico, a su nueva amante Eva.

Antonio Gaudí, hoy icono cultural en todo el mundo y uno de los arquitectos mo-

deros más admirado, también se dejó tentar por la idea del vuelo. Cuando en los albores del siglo XX, proyectó la finca Güell, lugar de retiro y de prácticas de equitación, en la reja de hierro de la entrada colocó un dragón alado, que aún se conserva. Este dragón es un prodigio del arte sobre metal, retorcido y soberbio. Asimismo, Gaudí en la Casa Batlló, en el remate de la fachada ondulante y sinuosa, colocó otro dragón alado, que puede ser el vencido por el mitológico San Jorge.

En los años cincuenta del siglo pasado, apareció en Inglaterra y Estados Unidos, como contraste con el expresionismo abstracto, el Pop –Art. Arte popular inspirado en los “comics”, en el cartel publicitario y en la fotografía de consumo. En el Pop americano destaca Robert Rauschenberg, artista que realiza grandes obras tridimensionales colocando en sus cuadros los objetos más vulgares y despreciados como clavos oxidados, gallinas disecadas, almohadones viejos, etc. y que utiliza fotografías de prensa trasladadas mediante frotamiento a una superficie previamente encerada. Esta técnica nos la muestra en su obra con ambientación aérea “Tracer”, en 1972.

Otro artista de esta escuela es el norteamericano, Roy Lichtenstein; artista gráfico, escultor y pintor, que se inició en el Expresionismo abstracto para –después elegir las historietas ilustradas– “comic” como principal tema de sus obras, ejecutadas con el mayor cuidado mecánico y gráfico e inundadas de colores chillones. Desde el punto de vista aeronáutico este gran artista, nos ha dejado varias obras entre las que se pueden destacar los óleos “Tex”, “Whaam” y el Live Ammo (Ha, Ha, Ha), quizás sea la obra más conocida de este autor.



*Pegaso de Juan Oliveira (1982).*

En 1978, el mexicano, Abel Quezada, pintó el óleo sobre lienzo “El paso del Cuatro Vientos” sobre el que el propio autor se justificaba imaginando que el Cuatro Vientos nunca había caído y que seguía volando con Barberán y Collar.

Entre los pintores españoles contemporáneos que dedicaron sus pinceles a recrear la aviación, citaremos al académico gallego, Fernando Álvarez de Sotomayor. Su lienzo, en el Cuartel General del Aire, pintado al óleo, “La gloria del aviador”, que según Francisco Portela “representa el momento en que el cuerpo muerto y casi desnudo de un piloto es recogido por un ángel de formas un tanto femeninas –¿la Gloria o la Inmortalidad?– que llevando una corona de laurel en la mano derecha, parece ascenderlo a los cielos; al fondo, se ve un biplano Breguet XIX, el aparato más utilizado por los aviadores españoles entre 1927 y 1936, que cae envuelto en llamas, luciendo en las alas el distintivo bicolor de la Aviación española; en la parte baja se abre una breve alusión al paisaje, en el que se ve un río”.

Victoriano Pardo Galindo, pintor madrileño, considerado uno de los más destacados representantes de la pintura figurativa tradicional de nuestra época, nos ha legado (1956), los frescos de la bóveda del Salón de Honor del Cuartel General del Aire, que son un homenaje al mundo de la aeronáutica

“Vuelo de la Paz”, también colgado en el Cuartel General del Aire, es un óleo sobre lienzo del pintor José Sánchez Carralero, que muestra varias figuras infantiles a bordo de un globo. Ésta composición de rico colorido y acentuado expresionismo es la nota característica de éste artista leonés y con el que ganó el Premio Ejército del Aire en 1978.

El pintor y escultor español Joaquín Vaquero Turcios, –que estudió en Roma, Arquitectura y simultáneamente perfeccionó la técnica de la pintura al fresco, de la vidriera y del mosaico–, centra su actividad pictórica en la pintura mural, en general, de carácter figurativo. Entre sus obras destacan los murales de la antigua Universidad Laboral de Córdoba, el Monumento al Descubrimiento de América de Madrid y desde el punto de vista aéreo, el Astronauta del antiguo INI y los murales del Cuartel General del Aire. El mural izquierdo del Cuartel General del Aire, parece representar unas siluetas de aviones luciendo en el extremo superior izquierdo las siglas AER, y el derecho se refiere al Cosmos y está compuesto por una combinación de formas curvas y líneas rectas, de contrastado cromatismo.

Cuando en abril de 1961, Jouri Gagarin efectuó la primera órbita a la tierra, entró a formar parte de la historia. Los artistas lo tomaron como modelo para sus retratos. Desde Picasso, Nadia Leger hasta el tríptico de Wukolow en 1981 dejaron reflejo de su personalidad en sus obras.

También otros astronautas como Alexei Leonov (primer hombre que efectuó un paseo espacial), como Alan Bean (uno de los hombres que paseó por la luna) tienen un lugar en la historia de la aventura espacial y de la pintura.

Y ha sido un artista francés Jean Cocteau, vanguardista de la literatura, del cine y de la pintura, el que nos ha dejado la visión del aire y del espacio, en los grandes paneles que pintó para la exposición “Tierra y Cosmos” de París de 1958.

Por último, Julián Calatrava, joven pintor actual, pero ya consagrado, ha querido acercarse al mundo del aire pintando magníficos cuadros acrílicos sobre el paracaidismo.

Respecto a la escultura podemos decir que los más grandes artistas de todos los tiempos han dejado muestras de su interés por el vuelo, por la máquina aérea, en definitiva, por dejar constancia de la gran aventura del hombre por la conquista del cielo.

No cabe duda que el arte con mayor capacidad representativa de la Aeronáutica y la Astronáutica es el cinematógrafo. Ningún otro ha sido capaz de expresar de modo tan convincente el ritmo rapidísimo de la aviación o de la exploración del espacio. La aparición del motor de explosión, con sus aplicaciones dinámicas del automóvil y el avión sugirió a los artistas de las Bellas Artes la posibilidad de transformaciones expresivas de una mayor movilidad en los estilos, tanto en la pintura, como en la escultura.

En realidad, la tendencia dirigida a expresar el movimiento aún utilizando medios estáticos ha existido desde los albores del arte, pero solamente en los estilos más de vanguardia se ha aplicado a las artes plásticas, mostrando figuras en movimiento.

Curiosamente, los ambiciosos propósitos de las nuevas escuelas de arte lograron su mejor expresión, no en la pintura, que permite fácilmente la representación simultánea, –o en secuencias sucesivas–, del desarrollo de un movimiento, sino en la escultura, a través de sugerencias simbólicas y de formas sumamente estilizadas, empleando lo mismo piedra o metal que nuevos materiales plásticos transparentes.

Quién esté familiarizado con la Historia del Arte recordará la eclosión del arte escultórico de expresión dinámica que, partiendo del impresionismo de Rodín, Carpeaux y Menier, derivó hacia el expresionismo de Bourdelle, Epstein o Marini.

Augusto Rodin, quizás el más grande de los escultores del siglo XIX, cultivó desde el realismo, al expresionismo pasando por impresionismo. Sus creaciones están llenas de movimiento, de energía, de acción. Para este artista francés, la escultura es una forma de asomarse al mundo, de narrar lo sentido. Su “Hombre primitivo”, o “El beso” dan idea de la evolución del escultor. Como casi todos los grandes artistas, Rodin no pudo sustraerse a la moda

de realizar una obra relacionada con la aeronáutica. La “Caída de Ícaro, que se conserva en el Museo Rodin de París es la muestra más representativa.

Por otro lado, si recordamos como el romanticismo permitió a los escultores del siglo XIX liberarse de los modelos del pasado y esculpir obras basadas en la imaginación y en las emociones. Carpeaux, artista tardo–romántico, contribuyó a la ornamentación de la Ópera de París, con una obra “La Danza” que es un relieve con un baile de ninfas alrededor de un genio alado. La obra tiene un gran dinamismo y las figuras, tratadas con gran naturalidad, expresan gran alegría, mediante rostros y miradas llenas de picardía.

Un escultor realista puro lo encontramos en el español Josep Campeny Santamaría. En Barcelona, a finales del siglo XIX, recibió sus primeras clases en la escuela de la Lonja, y posteriormente en París. La calidad de sus obras que mantienen la tersura, el estudio de volúmenes y la nobleza de su composición hizo que le encargasen numerosas obras para la ciudad de Barcelona, entre las que destacan las Fuentes de la Canota, del Noi dels Càntis y del Trinxeraire. También realizó con su estilo peculiar una escultura aeronáutica. El artista presentó en 1918 el boceto del monumento que el Real Aero Club de Cataluña pensaba erigir en memoria del héroe de la travesía Barcelona–Palma, Salvador Hedilla

Constantin Brancusi, escultor de origen rumano y considerado como uno de los grandes artistas del siglo XX, influyó profundamente en los nuevos conceptos de la pintura y de la escultura. Sus primeras obras muestran la influencia de Rodín y de los impresionistas, pero a partir de 1908 deriva a una evolución más personal simplificando las formas de sus esculturas. En 1928 realizó “Pájaro en el espacio”, cilindro largo y estilizado de metal pulido, cuyas líneas recuerdan la curva del ala de un pájaro.

El escultor sevillano, oficial de Infantería, Manuel Delgado Brackembury, legó a su ciudad numerosas obras que son orgullo de la misma. Muy joven, en 1913, le encargaron los leones de la Fuente del mismo nombre en el Parque de María Luisa, que en 1957 fueron sustituidos por deterioro, por los de otro escultor. Asimismo, es autor por encargo para la Exposición Iberoamericana de 1929, de la Fuente de Sevilla, la Cibeles sevillana, como se la llama.

La Aeronáutica española también tiene obras suyas. Entre ellas podemos citar el monumento erigido a las Víctimas de la Aviación Española en 1919, en la confluencia del Parque del Oeste y la calle Ferraz y cuya copia está en la Moncloa, frente al Cuartel General del Aire. El original se encuentra en el Museo del Aire. También en su tierra encontramos una obra suya de carácter aeronáutico “Mujer Alada”, frente a la entrada de la desaparecida Base Aérea de Tablada .

Palma de Mallorca, quiso conmemorar la hazaña del vuelo de Salvador Hedilla, erigiéndole un monumento. Se convocó un concurso y de los proyectos presentados resultó ganador el realizado por el escultor Pascual Thomàs Jofre. Costeado por suscripción popular, se inauguró el 31 de diciembre de 1929. Consiste en un bloque de piedra, de unos dos metros de altura, con un águila a punto de iniciar el vuelo y el rostro de un hombre, más bien de un ángel, que simboliza a Hedilla.

La aparición del futurismo en la escena artística y cultural europea al comenzar el siglo XX, marca el nacimiento de una ideología de vanguardia. El espíritu de ruptura del futurismo, revolucionó el mundo del arte y reavivó el interés por la escultura que había permanecido en segundo plano en épocas anteriores. El futurismo italiano en la tanto en la pintura como en la escultura, aportó dinamismo y percepción de movimientos a los principios cubistas de descomposición de perspectivas.

Uno de los más destacados escultores futuristas podemos decir es el italiano, Mino Rosso, representante de la búsqueda estilística situada entre el post-cubismo y el Art -Déco. Sus obras de factura aeronáutica dan idea del espíritu inconformista del artista.

Umberto Peschi, con su aero-escultura en madera "Simultaneidad del aviador" de 1939, expresa, de forma clara, los medios de sobrepasar las fronteras de la realidad plástica y de vivir las fuerzas ocultas del idealismo cósmico.

Para conmemorar la hazaña realizada por Franco, Ruiz de Alda, Durán y Rada, en su histórico vuelo de Palos a Buenos Aires en el Plus Ultra, el pueblo argentino donó dos esculturas. Una se colocó en la Costanera bonaerense y la otra en el muelle de las carabelas de Palos de la Frontera. Agustín Riganelli, fue el escultor elegido para realizarlas. El artista argentino, hombre hecho así mismo, demuestra desde sus primeras obras ese gusto innato, ese sentido de la forma, esa percepción de la psicología en sus personajes, que forma parte, sin duda, de la inteligencia del artista intuitivo. Los dos Ícaros que realizó para conmemorar las efemérides del vuelo demuestran su gran talento y su gran fuerza interior.

En Montevideo, encontramos el monumento que el pueblo uruguayo levantó como homenaje a la comunidad aeronáutica. José Belloni que por aquel entonces, pese a su juventud, ya daba muestras de su genio creador y de su capacidad artística excepcional, fue el encargado de realizarlo. Su obra, de bronce, representa a una figura de mujer alada que empuja el horizonte.

En España, en Lalín (Pontevedra), se alza el monumento emblemático que el municipio dedicó a Joaquín Loriga, héroe malogrado de vuelo Madrid -Manila que realizó en 1926. Cuando meses más tarde sufre un mortal accidente, sus paisanos como homenaje le erigen este monu-

mento. El artista elegido fue Francisco Asorey González, cuyas obras se caracterizan por la tendencia regionalista que le lleva a buscar las formas primitivas de su Galicia natal para más tarde desembocar en el poscubismo. En ésta etapa, 1933, de tratamiento intelectual de los seres, todavía se espiritualiza más, hasta conseguir la pura geometría, que aplica en el monumento a Joaquín Loriga, cuya forma parece mera cristalización de su material granítico.

El vallisoletano Rafael Sanz Rodríguez, ha dejado numerosas muestras de su arte. No sólo en la ornamentación del edificio del antiguo Ministerio del Aire, donde todos los elementos decorativos de piedra son obra suya, sino que, además, en su producción figuran los bustos de García Morato (Málaga), de Haya (Bilbao) y de Vives (Igualada); asimismo suyo es también el monumento de la puerta de entrada de la Academia General del Aire (Santiago de la Ribera) y el dedicado a los Caídos de la Aviación que se levanta en la Base Aérea de Cuatro Vientos, junto a su histórica Torre.

El gran artista mallorquín, Jaime Mir Ramis, antiguo Director de la Escuela de Bellas Artes de Baleares, es el autor de las tres obras de trasfondo aeronáutico de la Base Aérea de Son San Juan, de las que su "Ícaro" es la más significativa.

La gigantesca estatua de Leonardo de Vinci, que todos los viajeros encuentran al llegar al Aeropuerto Leonardo da Vinci (Fiumicino, Roma), fue esculpida por el búlgaro Peikov. Rodolfo Essen Peikov, escultor contemporáneo, que realizó esta escultura en bronce, en homenaje al considerado primer ingeniero aeronáutico de la historia.

En la segunda mitad del siglo XX, la escultura es continuación de la de vanguardia del primer tercio del siglo; muchos de las grandes artistas de la época continuaron su producción sin grandes cambios. Junto a los ya citados, desarrollaron sus singulares estilos una serie de escultores que aportaron visiones e interpretaciones muy personales y que, en buena medida, influirían en los movimientos plásticos de fin de siglo.

Cabe destacar entre ellos, tres artistas españoles. El escultor Pablo Serrano, academista en sus primeros años evolucionó pronto hacia el expresionismo. Residió largo tiempo en Uruguay, impregnándose de las creaciones Torres García. Antes de iniciar su etapa cubista realiza la obra relacionada con la aeronáutica "Tendencia al vuelo" (1972); por otro lado, tenemos al escultor español Juan Haro (1932), quién desde un expresionismo de formas angulosas evolucionó hacia un estilo más atento al valor plástico de los volúmenes. Su preferencia por la talla directa en piedra acentúa la concepción monumental de sus obras, como lo demuestra su obra "Palomas en Vuelo".

Juan José Oliveira Vieitez, "Juan Oliveira" en el mundo artístico, que a los 40

años abandonó su carrera de Ingeniero Industrial para dedicarse por completo a su otra vocación, la escultura. Sus obras, especialmente de caballos, son de una expresividad total y de una calidad excepcional. El "Pegaso" del Aeropuerto de Madrid-Barajas es una singular obra de inspiración aeronáutica.

Alexander Calder, ingeniero y escultor norteamericano, es el creador de los singulares móviles, -estructuras de piezas de hierro, pintadas y articuladas, suspendidas en el aire- que han constituido el antecedente de la escultura cinética. Aunque sus obras de piedra, madera y bronce, son importantes, la reputación de Calder se debe principalmente a sus móviles. Sus obras "Cuatro Ales" del Museo Fundación Miró de Barcelona y "Vuelo de pájaros" del Museo de Arte Moderno de París son una buena muestra de ello.

De ésta época es también el escultor británico Lynn Chadwick. Este artista, antiguo piloto de la RAF, consideró la máquina voladora como una obra de arte dinámica que se mueve en el espacio. Sus esculturas basadas en una estructura metálica de gran valor plástico y expresivo, dan vida a un singular bestiario de animales y figuras humanas. Entre sus obras encontramos, con mucha frecuencia, temas aeronáuticos, de las que destacamos sus "Figuras Aladas", pero es su "Libélula" una de las obras más interesantes de la escultura aeronáutica.

Por último, terminaremos diciendo que el diálogo de las alas con el arte ha demostrado que el sueño de volar en todas sus formas, ha pasado de ser un sueño quimérico a ser una realidad.

Y, por ello, cabe preguntarse ¿Qué tienen los artistas que han reproducido fielmente los grandes episodios de la historia aeronáutica? Posiblemente se deba a que el vuelo, tiene un alto simbolismo, que ha merecido atención preferente de los grandes artistas; tanto de las cinco Bellas Artes mayores, como de las artes aplicadas, ofreciéndonos numerosas obras cuya concepción fue la glorificación de aquella idea.

Y es que tanto unos como otros se olvidan que "las nubes doradas son engañosas" y que como decía el aviador y gran escritor Antoine de Saint-Exupéry: "no hay que trabajar sobre el avión sino por el avión"; y continuaba diciendo: "pero la ayuda de los dioses también es necesaria".

El sueño de volar se ha hecho realidad con las máquinas voladoras y el avión medio privilegiado de transportar las emociones, ya tiene su literatura. Pero su imagen es todavía incierta, es decir, difusa.

Y es una pena, porque la iconografía del vuelo es infinitamente más rica de lo que pueda pensarse. Y por ello es necesario sacar de los museos y de las colecciones particulares el patrimonio histórico aeronáutico, para conocerlo, divulgarlo y compartirlo con el público no iniciado.